

El molino de tortitas

Había una vez un anciano campesino y su esposa que vivían una vida pura pero dura, porque eran muy pobres. Un día no quedaba ni una migaja de pan en la casa, así que se fueron al bosque a recoger bellotas. Recogieron las bellotas, las trajeron a casa y quisieron comérselas. Mientras comían las bellotas, la anciana dejó caer una. Cayó a través de las tablas del suelo hasta el sótano. Pronto de la bellota brotaron raíces y brotó un brote, que creció hasta el suelo. La anciana vio esto y le dijo a su marido: "Oye, marido, debes hacer un agujero en el suelo para que crezca la bellota. Cuando sea lo suficientemente grande, no tendremos que ir más al bosque, pero puedo recoger bellotas aquí en nuestra casa".

El anciano hizo un agujero en el suelo. La bellota creció y creció hasta el techo de la habitación, desde el techo hasta el techo, y desde el techo hasta el cielo. Cuando se acabaron las bellotas, el viejo cogió un saco y se subió a la encina. Subió cada vez más y más alto y de repente se encontró en el cielo.

Fue de aquí para allá en el cielo y luego vio un gallo con una cresta dorada sentado en un molino de mano dorado. El campesino no pensó mucho en la situación.

Tomó el gallo y el molino y bajó. Cuando llegó sano y salvo abajo, le preguntó a su esposa: "Mujer, ¿hay algo para comer?"

"Espera, ahora mismo moleré las bellotas en el molino", dijo la anciana. Cogió el molino y empezó a moler; ¡luego molió tortitas y pastelitos! Cada vez que hacía girar el molino, salía una tortita y luego un pastelito. Ahora tenían suficiente para comer.

Un día llegó un hombre a caballo y preguntó: "¿Puedo comer algo?"

"Ciertamente, puedes comer una tortita".

La anciana cogió el molino y lo hizo girar; el molino molía tortitas y tartas y el huésped comía bien. Después de la comida dijo: "¡Mujer, véndame el molino!"

"¡No, esto no lo puedo vender!"

Entonces el hombre robó el molino y se fue con él. Cuando los dos ancianos se dieron cuenta de que habían robado el molino, se entristecieron terriblemente.

"No te aflijas", dijo el gallo de la cresta dorada. "Volaré tras el ladrón y lo alcanzaré".

El gallo llegó volando hasta la casa del hombre, voló hasta la puerta y llamó:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Cuando el hombre oyó esto, se enojó y ordenó: "Echa ese gallo ¡al agua!"

Los sirvientes encontraron el gallo y lo arrojaron al pozo. Pero el gallo pudo hablar, y dijo: "¡Pico, pico, bebe toda el agua!". Y se bebió toda el agua. Bebió y bebió todo el pozo hasta secarlo y voló de nuevo a la casa del hombre. Se sentó en el balcón y llamó:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Entonces el hombre ordenó que cogieran el gallo y lo arrojaran al horno encendido. Los criados cogieron el gallo y lo echaron al horno, en medio del fuego. Pero el gallo pudo hablar, y dijo: "Pico, picocito, escupe toda el agua". Hizo devolver el agua al fuego y lo apagó. Se acarició y se sacudió y salió volando del horno y gritó:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Los invitados oyeron esto y salieron corriendo de la casa, y el hombre los siguió. El gallo de la cresta dorada rápidamente se apoderó del molino y voló con él de regreso a la casa.